

Los apóstoles de Jesús deben haber creído que la lectura del Evangelio para hoy es de gran importancia. Es una de las pocas historias que encontramos en los cuatro Evangelios. Como acabamos de escuchar, el contenido es que Jesús limpió el templo, se refirió a su cuerpo como un templo, y les dijo a sus apóstoles que levantaría su cuerpo en tres días. La ocasión en el Evangelio de Juan fue la peregrinación de Jesús al templo en Jerusalén.

Ya que el tiempo de la Pascua estaba cerca, Jesús fue a Jerusalén y en el área del templo junto con cientos de miles de otras personas que vinieron a Jerusalén en esta ocasión cada año. La Pascua era uno de los tres festivales cuales todos los judíos fueron requeridos a asistir, si se posible puede, y en las cuales se requirieron para participar. Los ganados y los pájaros en el área del templo estaban allí para ser comprados por los peregrinos para hacer el sacrificio requerido en el templo. Los cambistas estaban allí para cambiar el dinero extranjero en las monedas que los peregrinos necesitaron para pagar el tributo anual querido de todos los judíos. Además, los peregrinos necesitarían el dinero para proveer para sus necesidades personales durante el tiempo que estaban en Jerusalén. Proveer a esos servicios parece ser un buen motivo. Sin embargo, podríamos recordar nosotros mismos que todos los vendedores y bancos profesan proveer un servicio—y lo hacen; pero también creemos que hay muchos que sacan provecho enormemente de nuestra necesidad.

Como el Evangelio nos recordó, Jesús «no necesitaba que nadie le descubriera lo que es el hombre, porque él sabía lo que hay en el hombre». Encontrando en el área del templo los bueyes, ovejas, y palomas y los cambistas, Jesús conocía los motivos y los métodos. Así, cuando los echo, él dijo, «Quiten todo de aquí, y no conviertan en un mercado la casa de mi Padre».

Quizás está bien a este punto que consideramos el propósito del templo. Como Jesús mismo dijo en los otros tres recuentos de Evangelio, «*Mi casa será llamada Casa de Oración*» (San Mateo 21:13; San Marcos 11:17; y San Lucas 19:36). Un templo es un lugar únicamente dedicado a la adoración y a la presencia de Dios. Noten que Jesús se refirió al templo como «la casa de mi Padre». En respuesta a esta afirmación y su confrontación, las autoridades judías le preguntaron a Jesús, «¿Qué señal nos das de que tienes autoridad para actuar así?» Claramente, ellos preguntaban a Jesús, «¿Con qué autoridad actuabas y hablabas de esta manera? ¿Quién le dio la autoridad para decir lo que debe ser hecho en la casa de Dios, quien tu llamaste tu Padre?» Como una respuesta, Jesús les dijo, «Destruyan este templo y en tres días lo reconstruiré». Las autoridades judías, por supuesto, tomaron su declaración para referirse al edificio, pero Jesús estaba elevando la

conversación. Él les estaba diciendo en su manera misteriosa lo que más tarde le dijo a la mujer samaritana al lado del pozo, quien le dijo, «Señor, veo que eres profeta. Nuestros padres siempre vinieron a este cerro para adorar a Dios y ustedes, los judíos, ¿no dicen que Jerusalén es el lugar en que se debe adorar a Dios?» (San Juan 4:19-20). Jesús respondió, «Créeme, mujer: Llega la hora en que ustedes adorarán al Padre, pero ya no será “en este cerro” o “en Jerusalén”. . . . Dios es espíritu, y los que lo adoran deben adorarlo en espíritu y en verdad» (San Juan 4:21,24).

Al proclamar que su cuerpo es el único templo, toda oración y adoración ahora deben ser «en Cristo Jesús», y San Pablo nos dice, «Ustedes están en Cristo Jesús, y todos son hijos de Dios gracias a la fe. Todos se han revestido de Cristo, pues todos fueron entregados a Cristo por el bautismo» (Gálatas 3:26-27). Somos «en Cristo»; nosotros nos hemos revestidos a nosotros mismos de Cristo. Por lo tanto, nosotros los cristianos no tenemos ninguna ciudad santa, ningún templo excepto el Cristo resucitado, y nosotros quien somos unidos con él como miembros de su cuerpo (I Corintios 12:27) somos el lugar dedicados a adoración y a la presencia de Dios. Como San Pablo nos dice, «¿No saben que son templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ustedes?» (I Corintios 3:16). Y dice más, «¿No saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo que han recibido de Dios y que está en ustedes? Ya no se pertenecen a sí mismos. Ustedes han sido comprados a un precio muy alto; procuren, pues, que sus cuerpos sirvan a la gloria de Dios» (I Corintios 6:19-20).

Este templo, nuestro cuerpo, nuestro propio ser, está en constante necesidad de limpieza. Es por esta razón que necesitamos Cuaresma. Necesitamos auto-control de modo que no hay ningún hambriento o sed, ningún deseo u obsesión, ningún habito o adicción asume este templo para que se convierta en un mercado o «cueva de ladrones» (San Mateo 21:13). Es por esta razón que la Iglesia nos pide que ayunemos de cualquiera de estos deseos que nos controlan. Necesitamos abrir nuestros corazones y mentes a una renovada fe, esperanza, y un amor. Es por esta razón que la Iglesia nos pide que pasemos más tiempo en la oración y el estudio y la meditación. Necesitamos abrir nuestros corazones a las necesidades de aquellos alrededores de nosotros para que actuemos en amor y con amor hacia los demás. Es por esta razón que la Iglesia nos pide centrarnos más atentamente en dar limosna, que significa donar dinero, o bienes a los pobres y realizar otros actos de caridad. Verdaderamente, abramos las puertas de nuestras mentes y corazones que Jesús puede entrar y limpiarnos como preparemos a celebrar nuevamente el gran regalo de Dios—nuestra salvación en Cristo.